

Osamu Tezuka, *El árbol que da sombra*, Planeta DeAgostini, 8 vols., Barcelona, 2005.

Osamu Tezuka es considerado en Japón el dios del manga. Éste es, sin duda, el motivo por el que *El árbol que da sombra*, ha tardado... ¡20 años en ser traducida al español! A quienes consideren exagerado llamar “dios” a un pobre mortal, habrá que aclararles que Tezuka realizó en torno a 700 mangas, unas 150.000 páginas, que creó los convencionalismos del manga actual, que inició el género del *anime* y que la inmensa mayoría de los autores de cómics del lejano oriente pueden considerarse herederos de su obra, sin que muchos de ellos hayan llegado a superarle. Porque en Tezuka, en efecto, está cuanto se puede llegar a amar y a odiar del manga. El recurso a los ojos redondeados y enormes, la escasa expresividad de las facciones, la pobreza gráfica, escenas resueltas al mejor estilo de Mortadelo y Filemón, en definitiva, todo lo que los puristas del grafismo detestan del manga puede encontrarse en su obra. Pero si llegó a ser considerado un genio, no lo debió a sus logros como dibujante, sino a su increíble capacidad como narrador y a la naturaleza de los temas elegidos para sus relatos. *Fénix*, *Adolf*, *El árbol que da sombra*, son algunos ejemplos.

Si hay un periodo fascinante en la historia de Japón, es sin duda el advenimiento de la era Meiji. El largo ciclo de guerras civiles que sufrió Japón entre la decadencia del sogunato de los Ashikaga, hacia 1478, y la instauración del sogunato de Tokugawa en 1603, supuso la cristalización de una serie de estructuras de poder sin parangón en la cultura occidental. Una de ellas fue la aparición de los samurais y su código del honor. Otra fue la separación entre el poder legitimado por su vinculación con Dios (los dioses en este caso), representado por el emperador y el poder legitimado por el monopolio de la violencia, por el que luchaban los diferentes nobles. El emperador devino una especie de símbolo, de modo que el clan encargado de protegerlo o sus clanes asociados, detentaban el poder real del Estado. Teóricamente todo el poder residía en el emperador. En la práctica, no pasaba de ser un guía espiritual al que no siempre se le hacía caso. La llegada al sogunato de Ieyasu Tokugawa, introdujo una serie de sutiles reformas en el sistema ya heredado de los anteriores sógunes. Para empezar, como decía Spinoza, en las monarquías el poder no es unipersonal, porque no reside en el rey, sino en la corte que lo rodea. Tokugawa estableció, efectivamente una corte a su alrededor (con lo que Japón estuvo gobernado durante 264 años por *dos* dinastías, la imperial y la de los

Tokugawa, con *dos* cortes distintas, una, la imperial, en Kioto y otra, la del sogún, en Edo). Los cabecillas de cada clan, si querían medrar, tenían que permanecer el mayor tiempo posible en cerca de la corte. De este modo, sus familias pasarían largos períodos de tiempo al alcance de los ejércitos del sogún, evitando así que los jefes de los clanes tuvieran deslices subversivos. Por otra parte, el emperador se hallaba lejos y a buen recaudo, impidiendo de este modo que nobles con ínfulas buscaran refugio en su entorno. Tokugawa consideró que éste sistema dotaría por fin a Japón de un gobierno estable, tan estable que las perturbaciones sólo podrían llegar del exterior. Por eso aseguró la estabilidad del sistema procediendo a una doble prohibición. La primera fue prohibir las armas de fuego, que, sin duda, podrían haber llegado a socavar una estructura feudal basada en los samurais. La segunda fue la expulsión de todos los extranjeros. De hecho, los marineros que tenían la desgracia de naufragar eran sumariamente linchados cuando llegaban a la costa. Bajo el lema “larga vida al emperador y muerte los extranjeros”, Japón vivió casi tres siglos aislado del mundo.

Mientras Japón buscaba su estabilidad mediante su clausura al exterior, occidente evolucionaba mucho más rápido de lo que los japoneses hubiesen podido pensar. La introducción de las máquinas en los sistemas productivos durante el siglo XIX acabó generando la revolución industrial. En la segunda mitad de este siglo, la producción en masa comenzó a exigir el consumo en masa. De no conseguirlo, el riesgo era una deflacción que, efectivamente, azotó las economías occidentales hasta finales de siglo. Las potencias occidentales se lanzaron, pues, a buscar desesperadamente nuevos mercados. Una consecuencia de todo esto fue la llegada a Japón de una pequeña escuadra al mando del comodoro Perry en 1853. El Japón que encontró Perry en su primera visita difería poco del que se cerró al extranjero en los tiempos del primer Tokugawa salvo por un factor fundamental. Como siempre que un sistema político se estabiliza durante demasiado tiempo, la corrupción se había extendido hasta el punto de minar la economía del país. Una estirpe de sógunes que ya sólo era capaz de dar individuos débiles de salud y aún más de carácter, una corte ignorante de las más elementales cuestiones de política internacional y un país empobrecido observaron, estupefactos e impotentes, cómo unos barcos, con más cañones a bordo de los que había en todo Japón, se colaban en sus puertos para imponerles unos acuerdos económicos inaceptables.

Pues bien, la serie de espasmos políticos, cada vez más violentos, que la llegada de los barcos de Perry produjeron en Japón es, precisamente, el contexto histórico en el

cual se desenvuelven los personajes de *El árbol que da sombra*. El problema a la hora de narrar un período como éste es, evidentemente, cómo hacerlo sin que el lector se pierda en aburridas complejidades políticas. Tezuka lo resuelve magistralmente recurriendo a dos personajes principales. Uno, como es obvio, es un samurai, Manjiro Ibuya, el otro, es un personaje más o menos real, Ryoan Tezuka, bisabuelo del autor. Encontrar un personaje, relativamente cercano al poder y capaz de sobrevivir a los múltiples avatares de la época era, probablemente imposible. Por eso Tezuka recurrió a un samurai de ficción, algo cejorro y testarudo, encaprichado, nada menos que en renovar el Japón de su época siguiendo estrictamente el viejo código bushido. Mostrar los cambios sociales de la época era aún más difícil, pero ahí Tezuka lo tenía mucho más fácil recurriendo a su bisabuelo. Y es que Royan Tezuka fue médico de la academia Teki o, como eran conocidos popularmente, médico “holandés”. Lo de “holandés” tiene su miga. Cuando el primero de los sógunes cerró Japón a la influencia extranjera, también lo hizo a los progresos científicos procedentes de fuera. De este modo la medicina quedó en manos de dos sectores radicalmente enfrentados y diferentes. Por un lado, la medicina “tradicional”, que, como todo lo tradicional en Japón, no era originaria de Japón sino, en este caso, de China. Por otro lado, una escuela que absorbió lo que pudo llegarles de medicina europea, especialmente holandesa, dado que fueron los comerciantes holandeses los que con más insistencia recalaron en las costas niponas antes de su cierre al comercio con los extranjeros. Tezuka nos cuenta, mediante los avatares del juerguista y mujeriego de su bisabuelo, el estado de la medicina a mediados del siglo XIX, las luchas contra los médicos tradicionales para extender la vacunación, los atentados que sufrieron los médicos “holandeses” por ser considerados una “quinta columna” de los extranjeros y cómo, poco a poco, acabó por imponerse su práctica.

La rivalidad y soterrada amistad de estos dos personajes nos permite ser testigos de una relación igualmente imposible, la de Japón y el extranjero. Asistimos al horror nipón cuando el cónsul americano pide un vaso de leche, a la absoluta incapacidad del cónsul por entender qué demonios está pasando, al nacimiento de la Universidad de Tokio y de la ciudad de Yokohama, a la terrible confusión mental de los japoneses en general cuando descubren que su amor al emperador y odio a los “pelorizado” son términos contradictorios y a toda esa serie de acontecimientos que, como digo, hacen del advenimiento de la era Meiji un período fascinante. Cuando uno termina las casi 2.500 páginas de *El árbol que da sombra* tiene la impresión de que ha llegado a entender un par de cosas del Japón moderno. Por ejemplo, que fue EEUU quien enseñó

a los japoneses lo que había que hacer si uno deseaba expandirse comercialmente: enviar por delante los barcos de guerra. Al fin y al cabo, Pearl Harbor sólo fue una versión corregida y ampliada de la cañonera de Perry. Además, uno acaba de darse cuenta de que, desde los que pretendían mantener el sogunato a toda costa, hasta los que querían que el emperador liderara un nuevo renacer, todos estaban de acuerdo en algo: en introducir los logros occidentales sin alterar las tradiciones, lo cual, al fin y al cabo, es la esencia del Japón moderno.

Manuel Luna